

EL COLEGIO DE INFANTES Y LA PROCESION DEL CORPUS

Juan Estanislao López Gómez

Transcurrían los gloriosos años del "quinquecento" español cuando el insigne prelado Silíceo, recientemente elevado a la púrpura cardenalicia como Primado de las Españas, actualizaba las escuelas de la catedral, unas instituciones tan antiguas como los mismos cimientos de la "Dives".

Promulgando las constituciones de los nuevos clerizos, se alcanzaba de esta manera el liderazgo de las tendencias educativas del renacimiento español, superadas únicamente en extensión y detalle por la "Ratio Studiorum" de los jesuitas, primeros inquilinos del recién estrenado edificio en el corral de Juan de Mora, así llamada hasta el siglo XVII la popular plaza del Colegio de Infantes.

Es obvio que esta escuela de donceles, al igual que su gemela de Doncellas Nobles -en su limpieza de sangre-, tuvo una relación casi consustancial desde sus orígenes con las ceremonias de la catedral toledana. Innumerables son los documentos que atestiguan dicha relación, no siempre en armonía con el cabildo, surgiendo a veces fuertes enfrentamientos entre los escolares y el clero catedral como el ocurrido en la fiesta del Obispillo, donde Tavera tiene que intervenir, esta vez a favor de los colegiales diciendo que "parece justo que el oficio de obispillo de San Nicolás vuelva a celebrarse en esta catedral colocándose en la silla de las altas dignidades y que se le dé el sueldo de racionero por llevar en estos días el gobierno del coro", hasta que el concilio provincial de 1565 aprobó la radical abolición de esta ceremonia.



Cuando Juan Martínez Silíceo, un año antes de la muerte del César Carlos, nuestro emperador, firma el 9 de Mayo las Constituciones del Colegio de Infantes bajo la advocación de la "Bienaventurada y gloriosa Madre de Dios, Señora y Abogada Nuestra", estará afianzando una relación indisoluble entre prelado, cabildo y escolares, traducida en educación y liturgia, mantenida hasta nuestros días. Desde este momento no se concibe una ceremonia religiosa de especial solemnidad sin la presencia de estos infantes clerizos: en

la diaria misa de conventual; en las fiestas de los patronos toledanos, exaltados con procesiones bajo las bóvedas de las naves; o en las fiestas de la Asunción de Nuestra Señora llevando los incensados aires de la Pontifical con sus limpias voces de inocencia proclamando, bajo los góticos plementos, el prodigio de ser elevada al cielo la Madre de Dios. Voces y músicas que no se interrumpían durante todo el octavario, como no se interrumpie-



ron jamás en las Semanas Santas iniciadas con la llamada de la ronca carraca que, desde lo más alto de la coronada torre catedralicia, anunciaba los cercanos días de dolor y austeridad que recordaban la pasión y muerte de Jesús.

Como los niños de Israel, los clerizones salían del templo primado portando pequeñas palmas para recorrer las medievales calles de Toledo entonando el "Pueri hebreorum portantes ramos olivarum ...". Júbilo y alegría que se trastocarán al cruzar el umbral de la puerta de

Palmas adentrándose en la semana del dolor y la oración. Ceremonias y músicas que a lo largo de los siglos han fluctuado al compás de la historia de Toledo y del Colegio; pero si algo se puede asegurar con toda certeza y sin ninguna clase de dudas es la inamovible transmisión de amor y participación directa en el día del Corpus Christi. Este jueves eucarístico por excelencia, el Jueves del Señor, pues si en el calendario hubiera un solo lugar dedicado a Dios sería en jueves porque en ese bendito día se instituyó el orden sacerdotal, la Eucaristía, y el mandamiento nuevo del Amor; un jueves con el que Toledo se ha identificado desde toda su historia.

La "Calderona" y la "Santa Leocadia" voltean sus bronces al unisono marcando un ritmo armonioso; la "San Eugenio", tan grande y popular, golpea su badajo grave y sereno; mientras la "Encarnación", la "San Juan" y la "Espantadiablos", como siempre, lanzan sus sonidos al viento de forma escandalosa como si quisieran llegar hasta el último rincón de la archidiócesis. La "San Juan", la "Resurrección" y la "San Felipe", iguales que sus compañeras, repican entre las rejas de la torre anunciando el cercano cortejo. La "San Ildefonso",



más seria, parece que este día jubiloso pierde su respeto y se une al bullicio de sus compañeras. En el campanario superior, el cimbanillo, más pequeño y travieso, juega por encima de sus compañeras la "San Sebastián" y la del "Santo", dando una nota simpática a todo este concierto de campanas, bronces, cimbanillos, badajos y esquilonos, anunciadores del evento que en pocos minutos ocurrirá. Sus singulares sonidos son los convocantes de los cantores y acólitos que desde sus casas se acercan al templo primado macerando las olorosas plantas esparcidas por las bulliciosas calles.

En la gran iglesia, cada cual se dirige a su cometido; unos al coro, los otros, con la alegría y regocijo propios de poder participar en el acontecimiento más importante de la Ciudad Imperial, pasan al Ochavo para recoger la cruz que el cardenal Mendoza paseara y colocase en la Alhambra granadina; otros, con ciriales, custodian la gran cruz de Alfonso V de Portugal que, sobre la soberbia manga de Cisneros, abre el desfile.

Dentro de la sacristía se preparan los atributos arzobispaes y el sagrario portátil que irá detrás del Sr. Cardenal para resguardar la Hostia en caso de lluvia o peligro. Los destacados durante el curso preparan los turíbulos que desfilarán inmediatamente delante de la custodia esparciendo nubes de incienso, las mazas del Cabildo, navetas, varaes, más cruces, cetros, campanillas, guiones y todo un sin fin de objetos litúrgicos, movidos con el mayor orden y sin aparente lógica para el observador. El resto de los clerizones, precedidos por el estandarte de la Institución, escoltado por dos niños revestidos con dalmática de tisú de plata, desfilan en largas filas, los cantores con albas marfileñas y los acólitos con sus rojas sotanas y sus casi inmaculadas roquetes blancos. Con una seriedad propia de adultos, avanzan con la alegría en sus rostros sin que el entorno altere la gravedad de sus pasos, perpetuando el artículo siete de las Constituciones del fundador donde dice que *"deben ir caminando de dos en dos los dichos clerizones, los cuales ni vayan ni vengan parlando, ni alçando los ojos a ventanas ni a otra parte, sino con toda modestia y verguença que aquella edad requiere"*, modestia interrumpida únicamente al pasar delante de los reposteros bordados por ellos mismos; siguen los seis delegados colegiales revestidos con albas y las becas de los "seises" - rematadas con la rueda de Santa Catalina, símbolo de la antigua universidad toledana-. El vicerrector, bajo cetro, cierra las filas.



En el templo, un júbilo exultante de espiritualidad invade a la multitud que, apiñada y puesta en pie, casi de puntillas, espera pasar ante sí a ese Señor que ha recorrido triunfal las calles y adarves, rodeado por un pueblo que entre rezos, cánticos y aplausos le saludan. Aplausos que no puede acallar el monitor de púrpura muceta que desde el púlpito de Villalpando solicita un silencio imposible de conseguir ante tanta grandeza. Hasta los escudos de Silíceo, esparcidos entre rejas y altares, parecen cobrar vida al son melódico del "Tantum ergo" en música mozárabe, herencia

de pretéritos siglos de gloria, y ahora interpretada sin pereza por los niños infantes del Sagrario, con sus rostros tersos como la piel fresca de una manzana y sus cabellos rociados con el agua de colonia de las grandes ocasiones.

La gran custodia de Arfe está cruzando la puerta Llana y los acordes del Himno Nacional flotan en los cielos perfumados de tomillos y mejorana de nuestros campos cercanos, a la vez que morteros y bombas reales anuncian a todo Toledo que un año más Dios ha vuelto a su casa triunfalmente. La sagrada carroza avanza serena y majestuosa por las naves catedralicias salpicada por el familiar tintineo



de sus áureas campanillas, repetidas en ecos graves y sonoros desde la torre por la presencia sorda y profunda de la "Campana Gorda" que, a la cabeza de los bronce que le rodean, suena como contramaestre de un tropel de incontrolados badajos, en un concierto de volteos y repiques libres y alborotados.

Es ahora cuando entra en funcionamiento toda la parafernalia litúrgica de inciensos embriagadores, tañidos de aljaraces y luces refulgentes que desde sus lámparas inundan las místicas bóvedas ojivales. Los carillones del coro con el desafinado campanilleo de las esquilas, despiertas de su largo letargo desde el Sábado de Gloria. Capas exuberantes, vestes severas con colores deslumbrantes y dignos contemplan este singular momento desde el crucero y, cuando la Hostia Santa llega bajo la lámpara -regalo de Isabel II- para iniciar el ascenso por la alfombrada rampa hasta el Altar Mayor; abandonando el centro del coro, los colegiales de Infantes corren apresurados a las rejas de Céspedes para asomar sus rostros entre los balaustres platerescos y aplaudir al Señor que han acompañado en la procesión pero que no han visto hasta este momento. Las trompetas del órgano de Berdalonga contestan con vivacidad y fuerza a los retumbantes y decididos acordes del órgano del Emperador. Las aclamaciones brotan con más fuerza y todo es vida y movimiento. Jamás se podrá contemplar un orden más armónico.

